

---

## Elia nunca había visto el mar

María Teresa Priego

**S**ebastián -mi bebé- nació a contracorriente; entre un cordón enredado en sí mismo, un ginecólogo distraído en vísperas de su periodo vacacional, una cesárea de ultra emergencia y un papá y una mamá repitiendo su nombre como si fuera un mantra. Sebastián abandonó su escondite secreto y respiró justo a tiempo. Desembarcó en el mundo así como ahora desembarca en todos lados: aguerrido, intransigente en su deseo... gañanazo. A huevo que respiró. Y yo siento -aunque sea la convicción más ruidosamente absurda de este mundo- que ese sujeto se eligió y nos eligió y que sus circunstancias iniciales definieron nuestro lazo. Le agradezco que se haya aferrado. Se lo agradezco tanto, que los primeros seis meses de nuestra vida en común -ya los dos frente a frente- no pude, simplemente no pude, dejar de escucharlo. Diego tenía diez años. Santiago nada más uno y medio. Cuenta mucho ese "nada más". Cuando Sebastián se concentró en su primer biberón seis meses después y yo me sentí por fin capaz de mirar algo que no fuera su ombliguito y mi ombligo y nuestro mutuo cordón, Santiago estaba abandonado. Cómo me jode nombrarlo. Lloraba la mitad del día a gritos. Con cualquier pretexto. Berreaba como sólo berrean esos niños que saben perfectamente que de esa madre que comparten, les tocó un tramo de ausencia. Berreaba como hacen quienes se sienten obligados a arrebatar aquello que les corresponde y no se les da. Se me cayó el techo encima. Entonces llegó Elia. Me la recomendaba la más impersonal de las agencias de colocaciones. No podían haber sido más certeros. Abrí la puerta y Veracruz entró en tromba a mi casa. Llegó Elia con su alegría. Sus vestidos de holanes, su cachondez, su castellano tijereteado y su maternidad pospuesta. Tomó a Sebastián en sus brazos y se fulminaron. Así -enamorados- cohabitaron durante un año y medio. "Mi-tu bebé" decía Elia o "tu-mi bebé". Elia cocinaba, cantaba, cuidaba al niño, pasaba la aspiradora. Yo pude, gracias a ella, esca

parme hacia Santiago y Diego. Gracias a ella pude escaparme. Después de doce años de complicadísimos arreglos para organizar el cuidado -por horas- de los niños, me encontraba de pronto en medio de una libertad pasmosa. Elia vivía en la casa. Quería a los niños. Yo podía improvisar. Largarme a la calle de repente. Pasar horas en una fiesta o en un café. Encerrarme a contar las moscas. Le debía a Elia cada milímetro de esa vida privada mía que recuperaba. Le debía cada hora de silencio. Cada café con una amiga. Mi independencia dependía de su esclavitud. Es así. ¿Cómo frasearlo más leve? ¿Cómo decir: Elia hacía lo que hasta tan poco tiempo antes era mi trabajo? Yo lo permitía, me convenía ampliamente, me culpabilizaba. Me hacía la loca. No podíamos ser amigas. De alguna manera sí éramos -creí yo- algo amigas.

Sus carcajadas tomaban la casa. Sebastián era su preferido y el bebé florecía. "Este mi-tu bebé, señora, va a ser presidente de México... ¿ya viste como es de inteligente? Come solito". "Este niño, señora, va a salir de famoso en los periódicos y en la noche en la televisión... es rete inteligente, ¿ya viste como gatea?" Elia colocó en Sebastián lo mejor de sí misma: su exuberante e inexplicable confianza en la vida. Su certeza de que ella -la portadora de una historia de maltrato, de abandonos, de miserias- ella compartía con su-mi bebé el lado más luminoso de la acera. Ese donde brillaban juntos, solitos ante un futuro protegido por misteriosos planetas. Elia creía en dios y en las ánimas y en san Martín de Porres y en el santo niño de Atocha y en las virtudes de Sebastián y en la bondad "del señor" y ¡carajos! ¡qué se yo? Quizá en algún momento -cuando me pedía prestada una falda o me ofrecía una blusa, cuando compartíamos un cafecito con pan dulce- quizá sucedió que creyera en mí.

Elia venía del norte de Veracruz. Nunca había visto el mar. "El puerto quedaba donde lejos". Cómo me dolía ese México sitiado de mares inaccesibles. Cómo me dolía esa maternidad biológica de Elia relegada también al donde tan lejos. "¿Hijos señora? Estás loca. ¿Y yo qué les voy a enseñar?" Por momentos, aún hoy, cuando miro a Sebastián la reconozco en él. La reconozco cuando lo veo descalabrarse, ponerse de pie, sacudirse y volverse a trepar como si nada. La reconozco en esa personita que atraviesa los espacios con su paso firme de expedicionario. Esa mujer está en él. La trae en esa memoria que no es recuerdo, en la que se transformó en una manera de moverse, en un modo de ser. En esos aires como veracruzanos con los que el

niño enfrenta la vida. Elia detectó dónde estaba la fuerza de Sebastián, y la desató con su amor.

Llegaron las vacaciones. Nos subimos a un carro una cantidad inimaginable de personas, más un golden retriever y nos lanzamos quince días a Manzanillo. Llegamos. Inspeccioné la casa. Me tomé una coca. Di veinte vueltas. De pronto me acordé de Elia y del bebé. Ninguno de los dos había visto nunca el mar. Estaban sentados en una silla, en un rinconcito. Así, como escondidos. El bebé y Elia pegaditos. Hipnotizados, mirando el mar. Nunca podría desprenderme de esa escena. El mar, mi bebé lo descubrió con ella. Y viceversa. Elia se encontró en la bahía como en su casa. Pertenecía allí. Cantaba más que nunca. Se ponía elegante todos los días. Hacía de comer divino. Coqueteaba como una loca. A Elia la desquiciaban los hombres. Literalmente. La fascinaban las olas y ella, sin saberlo, era eso, una ola enorme, acogedora. Un volcancito ambulante. Una especie de fenómeno natural llena de colgijes y arandelas.

Elia desapareció hace más de dos años, cuando las vacaciones de Pascua. Se fue sin anunciarlo. Sin despedirse. Se fue exactamente como una hace cuando no importa o cuando importa de más. Me impuso su silencio. Me arrojó a ese silencio suyo que omitió la despedida. Me arrojó a su habitación vacía. Sin sus vestidos, sus moños, sus lacas, sus pasadores. Sus frascos de todos los tamaños. Su colección de cajitas. Su colección de trastecitos de plástico. Su colección de esas familias -que nunca fueron la suya, de esos hogares que nunca fueron el suyo- y en los cuales rebotó sonriente, platicona y deschavetada desde los once años. No se despidió de nadie en la casa que ya tuviera acceso a la emisión de palabras. Pero yo supongo, espero, creo, que antes de irse habrá abrazado a su-mi bebé. Le habrá explicado. Tiene que habérselo explicado.

Dice mi hijo mayor que Elia algunas veces mencionó que se iba a vivir "al otro lado". ¿Lo logró? ¿dónde coños está? ¿Por qué no dejar un teléfono, un mensaje, algo? La esperé durante meses. Me dolió durante meses. Se fue como si no importara. La señora y la trabajadora doméstica. ¿Qué esperaba yo? ¿Que me quisiera? Elia se fue... como suelen hacerlo los desamados. Fui una señora más. Fui una señora. "Es como de la familia," me decía a mí misma enternecida mientras dejaba mi lectura unos minutos para admirarla lavar los baños. Esa es la verdad. ¿Cabrá entonces decir que a Elia la quise? La

quiero. ¿Cabrá decir que pienso en ella? ¿Habrá un lugar para esas frases refiriéndome a una mujer cuyo trabajo era hacer mí trabajo? ¿Cuyo trabajo se pagaba al día en una cantidad que antes, en otros países, me hubiera permitido cubrir una hora de contrato por trabajo doméstico? Y sin embargo...

¿Se pueden acaso querer dos mujeres tan distintas? Entre nosotras corrían abismos. Como suele suceder en esos casos. Pero yo a Elia, la sigo esperando. Sigo deseando que un día piense en mí. Que me llame. Quizá de la ciudad de México, de Los Angeles, de algún mar lejano. "Oye señora... ¿cómo está mi-tu bebé?". Quisiera que viniera a visitarnos, que me diga de nuevo cómo se dice leche en náhuatl y amor y beso y agua. Quisiera reencontrar sus palabras. Sebastián y yo la conversamos. "El gato es misto Sebastian"... Es un misto-gato... Elia y Sebastián... vieron juntos el mar. ¿Cómo olvidarlo?